

Capital cultural

clave para
interpretar
historias
de pobreza
en Venezuela

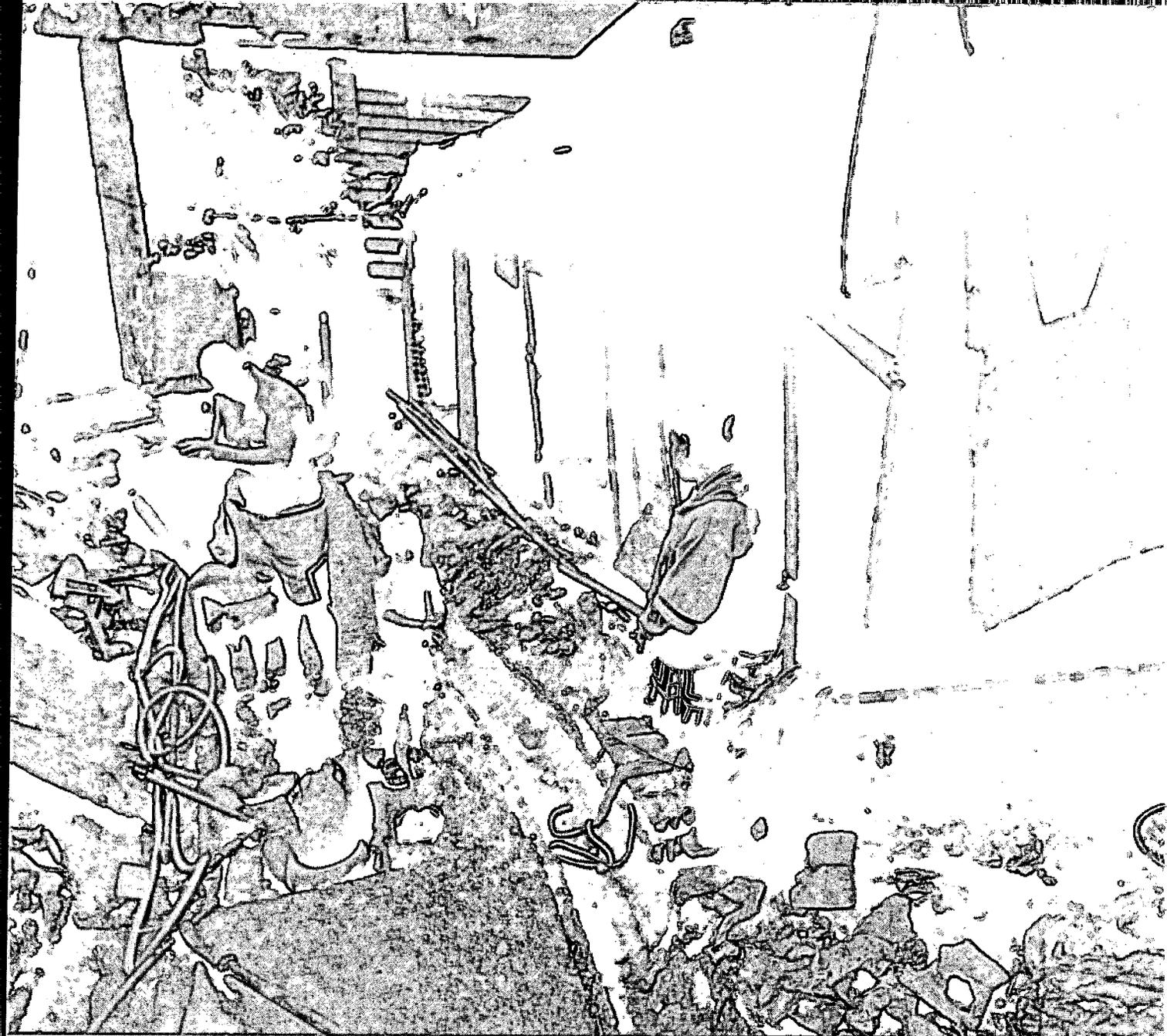
CARMEN DYNA GUITIÁN

Le ha tomado cien años a la familia pobladora dejar de ser analfabeta; salir de una aldea rural para habitar un barrio urbano; pasar de ocuparse en faenas agrícolas a ocupar los puestos más bajos del mercado laboral urbano y muy pocos, tener el capital cultural necesario para transformar sus formas de vida.

De tanto alimentar aprehensiones para no convertir la pobreza en un problema de culpas, de responsabilidades, de justicia y de libertad, de ideologías, se pierden perspectivas interesantes para visualizar elementos, quizá claves, del problema. Sólo así puede vencer el obstáculo de pensar en el componente cultural del problema de la transformación social. Visto no desde la perspectiva de las estructuras sociales sino desde la perspectiva del sujeto social, cualesquiera fuesen sus condiciones. Ello implicó reconocer que la transformación de los modos de vivir en sociedad pasa por la necesidad de asignar un papel protagónico al sujeto social, a su experiencia de vida, a su historia, así como reconocer que el detonante de la transformación es un dispositivo que se mueve con la carga de lo vivido, es un conmutador (como el "suiche" de la luz) que activa, o mantiene pasivo, el poder de la capacidad para apreciar, interpretar y evaluar la realidad vivida y que ese conmutador, esa fuerza, los procesos que desata y sus resultados son componentes del capital cultural con el que nos surtimos para transitar la experiencia de vivir.

Estudio de tres generaciones

Me dediqué con ahínco a hurgar en las historias de familias pobladoras de barrios de algunas ciudades venezolanas ¿con qué instrumentos se enfrentaron a la experiencia de vivir y de morir? Rastree tres generaciones que me permitieron recorrer todo el siglo y descubrir el gran mito de la



movilidad social en Venezuela y su pobre clase media, si no ¿de qué otra manera se explica que la pobreza crece?, ¿a expensas de quién crece?. De aquellos que se ilusionaron con la idea de que habían salido del barrio y tuvieron que regresar, de una clase media forjada en los sueños de la democracia petrolera y derrumbada en las ambiciones de un poder concentrado a fuerza de la inexistencia de ciudadanos. De aquellos que creyeron que la universidad o el pedagógico era una autopista hacia el éxito social y se encontraron con que a duras penas les permitió subsistir y, quizá, sacar adelante a los muchachos en mejores condiciones de las que ellos mismos tuvieron.

Abuelos lúcidos, ávidos por narrar su vida; hijos abrumados por el peso de la responsabilidad familiar, ya convencidos de la pobreza como destino y nietos, aún con ilusiones, cada vez más difíciles de alimentar.

Primera generación

De origen campesino, pobre de conuco, una primera generación migrante a la ciudad en la última década del XIX y la primera década del XX, no sabe cómo obtener ventajas de la ciudad y la ciudad no sabe cómo ofrecerlas. Con un capital cultural construido y organizado para el modo de vida en el conuco pero no para la ciu-

dad, analfabeta, ocupa empleos sin calificación, muy poco acceso a los servicios de salud pública, altas tasas de morbilidad y mortalidad –sobre todo infantil; convierte a sus vecinos en sus parientes, mediante alianzas de matrimonio, compadrazgo o adopción. Circunscribe su mundo y su horizonte cultural a la comunidad y considera la ciudad un ente extraño; conciente de su insuperable pobreza, traslada las expectativas de mejoramiento de su calidad de vida a la generación venidera, trabaja incansablemente para levantar a sus hijos, capta rápidamente la relación entre educación y movilidad social pero carece de capital cultural para conducir a sus hijos hacia una titulación.

Segunda generación

Pobladores urbanos, la segunda generación, adquiere las pocas ventajas que es capaz de ofrecerle la ciudad, educación primaria (muchas veces incompleta), salud, recreación urbana, empleo inestable en fábricas o empresas de servicio, obrero público, buhonero, chofer, servicio doméstico, etc., ansía mejorar sus condiciones de vida e intenta elaborar un proyecto para salir de la pobreza basado fundamentalmente en el trabajo, en la construcción de la vivienda, en la educación de los hijos y en alianzas matrimoniales, al menos isogámicas, que permitan mantener las posiciones obtenidas. Aún muy aferrada al barrio, logra urdir algunas redes sociales externas, sobre todo a través de la escuela y el lugar de trabajo. En esta generación, se produce un cambio con respecto a la relación entre el trabajo y el tiempo libre, testigos por un lado, de la exigua ganancia obtenida por el incansable trabajo de los padres y sometidos, por otro, al impacto de los efectos de demostración de los modos de vida de otros estratos sociales, se incorporan tempranamente en el mercado de trabajo para obtener un ingreso propio que le permita "darse sus gustos" entre los cuales está el consumo suntuario y la dedicación al tiempo libre en fiestas, paseos, el cine o simplemente estar en casa sin hacer nada o en la calle hablando con la cuerda del barrio. Al mismo tiempo, su fuerte vinculación a las redes residenciales le conmina a participar de las exigencias de reciprocidad en el barrio por las que debe compartir parte de sus ingresos con sus parientes o con sus pares. Toda esta situación atenta contra un ahorro temprano para iniciar una vida adulta. El modelo de la madre regente de la familia y el padre proveedor subsiste fuertemente, dejando el sustento de la familia en manos de un solo proveedor poco preparado, mal remunerado quien debe, además, mantener a los viejos de la familia (carentes de seguridad social) y ayudar a parientes cercanos en situaciones de necesidad. A duras penas logra hacer el esfuerzo en invertir en la vivienda. Por lo general, al constatar que ya no podrá salir de la pobreza, cifra sus esperanzas en que sus hijos lo harán. Insiste en la educación

como canal de movilidad pero carece del capital cultural necesario para activar las condiciones para la obtención de una titulación superior.

Tercera generación

La tercera generación crece en el barrio urbano consolidado, en una casabarrío, tiene una alimentación temprana más adecuada para su crecimiento, asiste a la escuela pública más cercana, aunque amplía un poco más sus redes sociales, sigue muy estrechamente vinculada a las redes residenciales; su tiempo libre se dedica a actividades en el barrio con sus pares o en la casa con actividades muy individuales (TV, música o soñar despiertos). Algunas veces pertenecen a grupos culturales o deportivos, casi nunca participan de grupos políticos, ni de izquierda ni de derecha, y siempre se mantienen en el umbral de la anomia, en cualquier momento alguien podría ofrecer la tentación de una salida fácil. Insisten en que busquen una salida personal de la pobreza, saben que para que sus hijos salgan de la pobreza, ellos tienen que salir pero están reproduciendo la historia de sus padres, temprana deserción escolar e incorporación a los estratos menos remunerados del mercado de trabajo. Para el momento de la investigación, nada nos permitía avizorar que sus condiciones iban a cambiar con respecto a la de sus padres, con el agravante que es una generación seriamente afectada por la crisis económica, que le resulta cada vez más cuesta arriba mantenerse estudiando y le costará en la medida en que los costos y las exigencias de los niveles superiores de la educación sean cada vez mayores, que el empleo sea cada vez más escaso y la remuneración insuficiente, que la vivienda es inaccesible. En esta generación se ve la tendencia de las mujeres a estudiar y formarse para el futuro, con expectativas de trabajar -sobre todo en las ciudades más grandes- sin embargo, aún es temprano para saber si realmente se incorporarán al mercado laboral urbano.

Con escaso capital cultural, le ha tomado cien años a la familia pobladora dejar de ser analfabeta para ser un bachiller inconcluso; salir de una paupérrima aldea rural para habitar un

precario barrio urbano; pasar de ocuparse en agotadoras faenas agrícolas a ocupar los puestos más bajos del mercado laboral urbano y muy pocos, pero realmente muy pocos, tener el capital cultural necesario para transformar sus formas de vida.

Las generaciones que asistieron a la escuela pública y masificada no se formaron adecuadamente para insertarse eficientemente en el modo de vida urbano industrial, al no reforzarsele conductas tales como la disciplina en el trabajo, la puntualidad, la productividad, pero tampoco para recibir una remuneración adecuada que pueda cubrir sus necesidades; no son afectas a desarrollar actitudes y conductas acordes con las exigencias del modelo industrial. Así que dos de los aparatos sociales más importantes, el educativo y el productivo, no están estructurados ni articulados para incluir a este inmenso contingente de excluidos, resultan inoperantes e ineficientes para resolver la pobreza.

La sociedad se asemeja a la familia pobladora, carece de condiciones para enfrentar la pobreza pero a diferencia de la segunda, ni siquiera busca procurárselas.

CARMEN DYNA GUITIÁN,
Dr. en Ciencias Sociales. Director de Postgrado de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo UCV

Bibliografía

- GUITIÁN, Carmen Dyna (1998) *Biografía y sociedad. Una lectura desde la sociología del habitar*. Tesis Doctoral. Caracas. Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. UCV. Dos (2) tomos. Inédito.